

de alegría bulliciosa, saltaba, saltaba alrededor de aquella mansión triste, produciendo mucho alboroto.

Pero esto no le ocurría tan frecuentemente como en Toulven. Echaba de menos, en sus reminiscencias vagas, sus amiguitos del sendero de hayas, las zalamerías y los mimos de su abuelo y las canciones de su abuela. Allá, en el campo, todos pensaban en Periquillo; aquí, en la ciudad, el pobre estaba solo casi siempre.

Decididamente la ciudad no era de su agrado. Además, siempre tenía frío en aquella habitación sin muebles y en aquella escalera de piedra.

LVIII

« Es necesario perdonarme; ya conoces que no era yo. »

Cuando Ives decía esto, había terminado todo; pero con frecuencia tardaba mucho en decirlo. Cuando la embriaguez había pasado, estaba sombrío, triste, sin hablar, hasta el momento en que con cualquier motivo, por la causa más insignificante, iluminaba su rostro la sonrisa y expresaba una confesión algo infantil. Entonces se abría el cielo para la pobre madre, que sonreía

también de un modo particular, sin proferir nunca una sola queja: aquello era el término de la prueba.

Una vez se atrevió á decir en voz baja:

— Á lo menos, cuando se te pase, no estés enfadado tres días.

Entonces Ives, en voz más baja todavía, y sonriendo á medias, contestó, sin atreverse á mirarla y como algo confuso:

— ¿No pasar tres días enojado, dices? ¡Voto á!... ¿Crees tú que estoy contento conmigo mismo después de haber hecho una cosa de esas? ¡Ah, sí! Estoy enojado, pero no contra ti, pobre María, te lo aseguro.

María entonces se acercó más á él, y reclinó la cabeza sobre el hombro de Ives; éste, viéndola así, la dió un beso.

— ¡Oh! ¡La bebida!... ¡la bebida!... dijo lentamente; y sus ojos, medio entornados, tomaron una expresión feroz. ¡Mi padre!... ¡mis hermanos! ¡ahora me ha llegado la vez!

Hasta entonces nada parecido á esto había dicho. Jamás hablaba de su horrible vicio, del cual parecía no acordarse.

¿Cómo no vislumbrar algunos rayos de esperanza cuando se le veía tan bueno, tan dócil, jugando con su hijo en un rincón del hogar?

¿Cómo no confiar un poco en su arrepentimiento cuando se le veía dejar su aire de amo y guardar con su mujer mil atenciones y mil cariños, y dulces cuidados para que olvidase su pena?

¿Cómo figurarse que *este* Ives podría, de pronto y fatalmente, convertirse en *el otro* Ives, el de los días malos, el de la mirada sombría, la bestia enloquecida por el alcohol, á la cual nada conmovería? Entonces su mujer le rodeaba de ternura, redoblaba las manifestaciones de su cariño, concentraba en él toda su fuerza de voluntad, le cuidaba como se cuida á un niño, temblaba, siguiéndole con la vista, cuando bajaba á la calle por donde pasaban sus camaradas y donde se abrían las tabernas.

Ives en tierra era hombre perdido; él mismo lo conocía, y confesaba que le era necesario embarcarse de nuevo.

Había crecido en el mar, al acaso, lo mismo que las flores silvestres. Nadie se había ocupado nunca en inculcarle ideas del deber, ni en marcarle líneas de conducta, ni en enseñarle nada. Solamente yo, á quien la casualidad y una súplica de la madre de Ives habían puesto en su camino, pude hablarle algo de esas cosas nuevas, completamente nuevas para él; pero sin duda era ya demasiado tarde, ó no pude hablarle todo

lo necesario. La severa disciplina de á bordo había sido el freno poderoso y único que había guiado su vida material, manteniéndole en esa austeridad ruda y sana que conserva fuerte y vigoroso al marinero.

La *tierra* había sido durante mucho tiempo para Ives un sitio de paso, donde estaba en libertad y tenía mujeres. Bajaba á ella, y en ella estaba como en país conquistado, entre el viaje terminado y el que iba á comenzar; tenía entonces dinero, y en los sitios donde se vendía el placer todo se doblegaba ante su capricho y su fuerza.

Pero sobrellevar una vida arreglada de familia en su hogar reducido; contar el gasto de cada día; guiarse á sí mismo; pensar en mañana, ¡bah! sus hábitos de marinero no encajaban en estas obligaciones imprevistas. Además, en este Brest degenerado y podrido el alcohol parecía brotar de las paredes, mezclado con la humedad malsana.

Entonces Ives caía, caía tan bajo como muchos otros que habían sido, lo mismo que él, buenos y valientes; se encanallaba, se colocaba poco á poco al nivel de este pueblo de borrachos, y su corrupción era repulsiva, como corrupción de obrero.

LIX

Un día recibí una carta en que se me pedía socorro.

Era sencillísima, y parecía enteramente la carta de un niño. Decía así :

« Querido hermano : No sé cómo decírselo á usted, pero la verdad es que me he entregado otra vez á la bebida. Por algo, usted lo sabe, no quería yo 'permanecer en Brest; temía este peligro.

» Ya he sido castigado tres veces con prisión, y ahora no sé cómo evitar algo más serio, pues veo que si continuó á bordo, me sucederá alguna desgracia.

» Creo que si pudiese embarcarme cerca de usted tendría yo todo lo que necesito. Hermano, hermano mío, ya que usted ha de embarcarse pronto, si quisiera usted venir á Brest para llevarme, de seguro estaría yo mejor que aquí, y desde luego, eso me salvaría.

» Me ha hecho usted mucho daño diciéndome en su carta que yo no quería ni á mi mujer ni á

mi hijo, porque por María y por Periquillo soy capaz de todo.

» Sí, hermano mío, sí; he llorado, y estoy llorando todavía al escribir, y no me dejan ver las lágrimas que ahora mismo vierto.

» No espero en nada más que en verle á usted venir. Le abrazo con toda mi alma y le suplico que no se olvide de su hermano, á pesar de las molestias y los disgustos que le da á usted. Le quiere á usted mucho,

IVES KERMADEC. »

LX

En un domingo del mes de Diciembre regresé á Brest sin avisar á nadie, y bajé al barrio de la Gran Vía para buscar la habitación de Ives. Leyendo los números de las puertas recorrí todas aquellas elevadas casas de granito, que fueron moradas antiguas de personas muy ricas y que hoy están en poder del pueblo; abajo, tabernas abiertas por todas partes; arriba, ventanas con cortinas humildes y con flores marchitas en sus tiestos.

Era muy de mañana. Ya circulaban grupos de marineros que, vistiendo su traje limpio de los

días festivos, comenzaban cantando la fiesta del domingo.

Respirábase blanca bruma y fresco húmedo, primera sensación del invierno. Como yo acababa de llegar del Adriático, familiarizado con el sol, las tintas de Brest me parecían más oscuras.

En el núm. 154, sobre una muestra en que se leía : *Al pensamiento del hermoso artillero*, subí tres tramos de una escalera muy ancha y muy vieja, y encontré la habitación de Ker-madec.

Oíase desde la puerta el ruido isócrono de una cuna mecida. Perico, mimado á pesar de todo, había conservado la costumbre de que le durmieran así. Ives, solo con su hijo, estaba sentado cerca de él, y le mecía con una mano muy suavemente.

Levantó su mirada triste, conmovido al verme, pero sin atreverse á hablar; parecía decirme con la expresión de su rostro : « ¡ Ah, sí, hermano, ya sé! viene usted para llevarme, esto es lo que yo había pedido; pero... yo no le esperaba á usted tan pronto, y el marcharme ahora me va á causar pena. »

Físicamente, muy poco había cambiado Ives. Estaba algo más pálido; al abrigo del soplo del

mar su expresión era diferente, menos segura, casi dolorosa. Había padecido, y se le conocía; pero no había impresa aún huella alguna en su rostro grave, incoloro y marmóreo.

Miraba yo alrededor mío con tristeza y opri-miéndoseme el corazón; yo no había previsto lo que podría ser en tierra y en una ciudad el domicilio de Ives. Era muy distinto de aquel alojamiento del mar, en que le había yo visto en otro tiempo : las gavias llenas de sol y de aire. Aquí, ahora, en medio de aquella realidad pobre, encontrábame yo — lo mismo que él sin duda — como desterrado y molesto.

María estaba fuera; había ido á la fuente. Perico dormía bien; sus largas pestañas de niño caían sobre sus mejillas; estábamos solos frente á frente Ives y yo, y como él temía lo que yo pudiera decirle, se apresuró á hablarme de embarco.

Una permuta en la lista de embarcos me ponía en Brest, próximo á partir.

Estaban armándose dos ó tres buques (para China, para el mar del Sur y para Levante); era necesario estar apercebido para embarcarse al primer aviso, y dirigirse á uno de esos puntos. La semana siguiente fué uno de esos períodos agitados que atraviesan tan frecuentemente los

marinos : vivir sin fijeza en la fonda, con la maleta á medio llenar y sin saber qué camino se tomará mañana; pensar en infinidad de cosas, el servicio del puerto y los preparativos de viaje ; después idas y venidas, gestiones para sacar á Ives de *La Reserva* y tenerle á mi disposición, pronto á partir conmigo.

Los días de Diciembre, cortos y fríos, pasaban de prisa. Subía yo frecuentemente, de cuatro en cuatro, los peldaños de la escalera de casa de Kermadec, y María, siempre pendiente de las primeras palabras que yo pronunciaba, me dirigía tristes sonrisas, con una confianza resignada y respetuosa, esperando mis resoluciones.

LXI

En la rada de Brest, 23 de Diciembre de 1880.

Es una noche de Diciembre clara y fría; en el mar, gran calma; á bordo, profundo silencio.

En una cámara muy pequeña del buque, pintado de blanco y forrado de hierro, está Ives sentado cerca de mí sobre las maletas y las cajas abiertas. Estamos instalándonos; es necesario disponerse un hogar en aquel recinto movable

que va á pasearnos, dentro de muy poco, en medio de las olas alborotadas.

Ninguno de aquellos viajes previstos, ninguna de aquellas largas expediciones en proyecto, han prosperado. Estoy embarcado en *La Sèvre*, que no se alejará seguramente de las costas de Bretaña. Desde esta mañana Ives pertenece á la tripulación; nos hallamos, pues, reunidos de nuevo por un año. Dadas las condiciones de la profesión, podemos considerar esto como una felicidad; podíamos, de un momento á otro, habernos separado para siempre.

Ives ha dado con mucho gusto cien francos al marinero que le ha cedido su plaza.

¡Vaya por *La Sèvre*, ya que la suerte nos ha llevado á ella! Esto nos traerá á la memoria el recuerdo de aquellos tiempos, ya lejanos, en que navegábamos ambos en la *Mar brumosa*, protegidos por el *campanario de calados*.

Habría yo preferido, no obstante, que nos hubiesen enviado á otro punto, á cualquier punto donde hubiese sol; sobre todo por Ives, á quien era conveniente alejar más de Brest, llevar más lejos de sus malas compañías y de las tabernas de la costa.

LXII

En alta mar, 25 de Diciembre; Pascua de Navidad.

Amanecía. Dirigíame al puente después de haber descansado un momento del servicio durísimo del *cuarto* de doce de la noche á cuatro de la madrugada; habíamos luchado toda aquella noche con gran viento y mar gruesa.

Allí estaba Ives, completamente mojado, pero muy á gusto en su elemento, y apenas me vió señaló con el dedo, y sonriéndose, un país muy extraño al cual nos aproximábamos. Peñascos grises tapiaban las lejanías del horizonte como si fuese una fortificación muy extensa. En el mar se había restablecido la calma, aunque el viento seguía enviándonos sus furiosos soplos. En la atmósfera deslizábanse rápidamente unas sobre otras nubes pesadas y sombrías: una bóveda de plomo en movimiento: objetos inmensos, oscuros, que variaban de formas y que parecían muy deseosas de parar, de huir á otra parte, en medio de ese otro movimiento que producen las ondas plateadas; hubiéraseles creído rebaños numerosos de bestias marinas. Hasta donde la

vista alcanzaba distinguíamos esas peligrosas cabezas negras: el mar estaba sembrado de ellas. Y allá, muy lejos, en el peñasco más apartado, las siluetas de tres campanarios muy viejos, que parecían plantados allí, solos, en medio de un desierto de granito. Uno se elevaba mucho más que los otros dos, y elevándose entre ellos parecía un gigante que observa y preside.

¡Ah, sí!... Le reconocí pronto y, como Ives, le saludé, con una sonrisa; algo me inquietó, sin embargo, verle reaparecer tan cerca de nosotros y en medio de aquella función de tinieblas en una mañana en que yo no le esperaba ciertamente. ¿Qué veníamos á hacer en aquellos sitios? Esto no entraba en nuestros proyectos; yo no lo comprendía.

Había sido una determinación repentina del comandante, adoptada durante mi hora de sueño; llegar á la entrada de la rada de *Taureau*, muy cerca de Saint-Pol-de-Leon á buscar abrigo contra el viento del Sur, porque la mar era ya demasiado gruesa para nosotros.

He aquí de qué modo, al volver á la *Mar brumosa*, la primera visita de Ives fué para su campanario.

LXIII

Cherburgo, 27 de Diciembre de 1880.

Á las siete de la mañana me han traído á Ives, en el fondo de un bote, completamente borracho. Antiguos amigos suyos, gavieros de *La Venus*, para festejar su regreso de las Antillas, le han llevado durante toda la noche de taberna en taberna.

Estoy de cuarto. Nadie hay en el puente todavía; sólo algunos marineros que se dedican á la limpieza, pero son de confianza, conocidos de antiguo y con los cuales se puede contar; cuatro hombres lo suben y lo bajan en una red furtivamente y lo ocultan en mi cámara.

¡Mal estreno á bordo de esta *Sèvre*, donde yo, para corregirle, quería tenerle á mis órdenes, y donde él me había prometido dar buen ejemplo! Entonces, por la primera vez, pensé con tristeza que Ives estaba perdido, decididamente perdido, á pesar de cuantos esfuerzos hiciese yo para librarle de sí mismo. Pensé también, con más amargura todavía, que acaso le faltaba alguna cosa en el corazón.

Durante todo el día Ives estuvo como muerto. Había perdido su gorro, su portamonedas, su silbato de plata, y se había hecho además una terrible descalabradura.

Hasta las seis de la tarde no comenzó á dar señales de vida. Como un niño que despierta, sonrió (aún estaba ebrio; si no lo hubiera estado, no habría sonreído), y pidió de comer.

Entonces dije á Juan María, mi criado fiel, un pescador de Audierna :

— Ve á buscar sopa y tráesela.

Juan María trajo la sopa, y el bueno de Ives comienza á dar vueltas en sus manos á la cuchara, como no sabiendo por dónde se toma aquello.

— Vamos, Juan María, dije al criado : dá-sela tú.

— Está muy salada, dijo Ives retrocediendo y haciendo un gesto de disgusto; y con su acento de bretón y sus ojos muy entornados, repetía :

— ¡Demasiado salada!... ¡Demasiado salada!

Después volvió á dormirse, y Juan María y yo soltamos la carcajada.

Yo estaba muy triste, sin embargo; pero aquella idea y aquel desagrado de niño mimado tenían, en efecto, algo grotesco.

Á la diez de la noche, Ives volvió en su co-

nocimiento; se levantó furtivamente y desapareció.

Durante dos días permaneció á proa del buque, entre la gente de la tripulación; no salía de allí más que para hacer su servicio de cuarto y para las maniobras, siempre con la cabeza baja y sin atreverse á mirarme.

¡Oh! ¡Aquellas resoluciones que ha tomado ya veinte veces, y á las cuales ha faltado otras tantas!... Ya no se atreve á tomarlas, ó si las toma, no se atreve á decirlo y se apena, sin hacer nada, y deja deslizarse los días esperando el valor y la estimación propia, que no llegan nunca.

Poco á poco, sin embargo, habíamos vuelto á nuestra vida habitual. Llamábale yo por la noche y venía Ives á dar conmigo el paseo automático de los marineros, que dura horas enteras entre las mismas planchas. Hablábamos, sobre poco más ó menos, como en otros tiempos, sobre el viento triste y la lluvia fina. Conservaba siempre la manera de pensar y de decir sencilla y profunda á un tiempo mismo; existía entre nosotros cierta tirantez, una especie de hielo que no se fundía. Yo esperaba una palabra de arrepentimiento, y esa palabra no venía.

Adelantaba el invierno y ese invierno triste de la Mancha, que lo reдея todo — ideas, personas y

cosas — en el mismo crepúsculo gris. Los grandes fríos habían llegado, y ya dábamos muy cortos, cada vez más cortos, nuestros paseos.

Algunas veces tuve deseos de decir á Ives, estrechando fuertemente su mano: « Vaya, querido hermano, te he perdonado ya; no pensemos más en eso. » Pero estas palabras se detenían en mis labios: en realidad, á él era á quien correspondía solicitar mi perdón, y pensando esto, guardaba yo cierta frialdad altanera que le alejaba de mí.

No: en esta *Sèvre* íbamos á conseguir poco.

LXIV

Perico está en Plouherzel, procurando jugar delante de la puerta de su abuela; parece desterrado, mirando allá abajo la sábana de agua inmóvil con aquella forma de animal dormido en medio, detrás de un velo de bruma. También está aquí al aire libre; pero el viento es más áspero que en Toulven, la campiña, más triste; los niños comprenden instintivamente esas cosas: en presencia de las tristezas de los objetos, tienen melancolías y silencios involuntarios, como los pajarillos.

He ahí dos amiguitos que salen de una choza

próxima para ver al recién venido; pero éstos no son los de Toulven, ni saben los mismos juegos; ni aun las medias palabras que saben pertenecen al mismo bretón. Ninguno de los tres se atreve á acercarse, y se observan sonriéndose.

Periquillo y su madre María Kermadec llegaron ayer á Plouherzel. Ives ha escrito á su mujer encargándole que haga lo más pronto que pueda este viaje; le ha ocurrido la idea de que tal vez de este modo se reconciliaría con su madre. Porque aquella anciana, dura siempre y siempre dominante, después de haber negado rotundamente su consentimiento para el matrimonio de Ives, acabó por darle de muy mala gana, y después no ha contestado á una sola de las cartas de su hijo.

¡Pobre vieja aislada!... De los trece hijos que Dios le había dado, tres murieron de muy corta edad. De los ocho varones que se lograron, todos marinos, el mar se apoderó de siete; siete que habían muerto en naufragios, ó que se habían establecido en el extranjero como Gildas y Goulven.

Sus ijas casadas, dispersas. De las dos menores, la una había entregado su mano á un islandés, que la había llevado á Trégnier; la otra, encaprichada con la religión, se había empeñado en entrar en un convento.

Quedaba la más pequeña, la hija de Goulven, abandonada por su padre. ¡Ah! La abuela se había consagrado á quererla — como hija natural, sin embargo; — era el único resto de aquel naufragio que le había arrebatado, uno en pos de otro, á todos los seres queridos. La pobre niña gustaba de ver cómo subía la marea, y solía ir al borde del lago de agua marina. Estas expediciones peligrosas le estaban terminantemente prohibidas. Pero un día había ido sola y no había vuelto. La marea siguiente devolvió su cadáver. Se la enterró cerca de la capilla, bajo una cruz de madera y un montoncillo de césped.

La anciana alimentaba aún una esperanza... Esperaba á Ives, el último, el más querido de todos, porque había permanecido más tiempo en el hogar: ¡acaso éste viniese algún día á vivir cerca de ella!

Pero no: esta María Keremenen se lo había robado; y al mismo tiempo — circunstancia que entraba para algo en su rencor — le había privado del dinero que en otro tiempo solía enviarle Ives para que se ayudase.

Hacía, pues, dos años que estaba sola, completamente sola... como lo debía estar ya hasta su muerte.

Para obedecer á Ives, María llegó ayer, des-

pués de dos días de viaje, con su hijo á llamar á aquella puerta; una anciana de fisonomía dura, á quien María conoció inmediatamente sin haberla visto nunca, salió á abrirla.

— Soy María, la mujer de Ives... Buenos días, madre.

— ¡La mujer de Ives! ¡La mujer de Ives!... Entonces, ¿éste es Perico? ¿Mi nieto?

Y al mismo tiempo su mirada se había dulcificado, fijándose en el nieto. Habíales hecho entrar, comer bien, calentarse y les había preparado la mejor cama. Pero de todas suertes, existía allí un frío, un hielo que nada podía fundir.

En los rincones, escondiéndose la abuela, bebaba con amor al nietecillo; pero delante de María, nunca: siempre estirada y áspera.

Algunas veces hablaban de Ives, y María indicaba con timidez que desde su matrimonio se corregía un poco.

¡Ta, ta, ta! ¡Corregirse! decía la madre tomando su aire desapacible y agrio; ¡corregirse! No. Es la cabeza de su padre... Lo mismo, igual á él en todo... Todavía no has concluído de sufrir con él... yo te lo aseguro.

Entonces la pobre María, con el corazón oprimido, no sabiendo qué responder ni qué hablar en todo el día, ni qué hacer allí, esperaba impa-

ciente el tiempo fijado por Ives para marcharse, con el propósito firme de no volver.

LXV

Al salir de Paimpol subió María con su hijo á la diligencia, que comienza á moverse y se los lleva. Por la portezuela miraba María á su suegra, que había venido acompañándola hasta la ciudad desde Plouherzel; pero que les había dirigido un adiós glacial, una despedida breve que hacía daño.

María la miraba y no comprendía lo que pasaba; la suegra comenzó á correr, á correr detrás del carruaje. Y después su fisonomía cambió, y les hizo así como un gesto.

— ¿Qué es lo que quiere? pensaba María mirándola casi con miedo. La suegra continúa gesticulando. ¡Ah! ¡Es que llora!... Las líneas de su fisonomía dura se contraen y de sus ojos brotan lágrimas copiosas... Entonces las dos se comprenden.

— ¡Por amor de Dios, haga usted que detengan la diligencia! dice María á un *islandés* que está sentado cerca de ella y que también ha com-

prendido, porque pasa su brazo por la ventanilla delantera y tira de la manga al mayoral.

El coche se detiene. La abuela, que ha seguido corriendo, está allí detrás, tocando el estribo; les tiende las manos; su rostro está bañado de lágrimas.

María ha bajado, y la anciana, estrechándola entre sus brazos, la besa, y besa al nietecillo.

— ¡Oh, querida hija mía! le dice; que Dios te acompañe.

Y llora y solloza.

— Mira, hija mía, con Ives conviene ser muy dulce; tomarle por el corazón. Ya verás cómo puedes ser feliz con él. Tal vez yo molesté demasiado con mis llantos y con mis quejas á su pobre padre. ¡Dios te bendiga, querida hija!

Y unidas por su amor á Ives, lloraban juntas.

— Vamos, buenas mujeres, gritó el mayoral; ¿acabarán hoy los abrazos y los lloriqueos?

Es necesario separarlas á viva fuerza. María, sentada de nuevo en surin cón, mira, alalejarse, con los ojos llenos de lágrimas, á la anciana, que se ha dejado caer sobre un guardacantón y sigue sollozando, mientras Perico, agitando su manita regordeta, la saluda por la ventanilla.

LXVI

1° de Enero de 1881.

En el fondo del arsenal de Brest, un poco antes de ser de día, la primera madrugada del año 1881, un lugar muy triste, este fondo del puerto; *La Sèvre* estaba amarrada allí hace una semana.

El cielo había comenzado á blanquear entre las murallas gigantescas que nos rodeaban. Los reverberos, no muy abundantes, daban entre la bruma sus últimas llamaradas amarillentas. Divisábanse ya las siluetas de objetos enormes, que al dibujarse en el espacio despertaban ideas de rigidez desagradable; máquinas formidables, grandes anclas que levantaban sus patas negras; mil especies de formas feas é indefinidas; más allá buques desmantelados con sus contornos de peces gigantescos, inmóviles sobre sus amarras como grandes monstruos marinos.

Silencio profundo en el puerto y un frío de muerte.

No hay soledad comparable con la soledad de los arsenales de la marina de guerra durante las noches, máxime las de días festivos. Al aproxi-